

# IMPRESIONES

*DM, Sep 9/41*

Era Menocal, no hay duda, una persona muy atractiva; y como los hombres siempre han tenido mayor influencia en los destinos humanos que las fórmulas abstractas de los filósofos o el formulario de los programas políticos, Menocal hubo de pesar extraordinariamente en los destinos de su patria, y nunca pesó tanto, ni aun cuando ejercía la Primera Magistratura de la nación, que ahora cuando le sorprendió la muerte.

Menocal fué un verdadero caudillo. El caudillismo—tan denostado por los políticos de laboratorio—no es fenómeno típicamente americano, sino universal y de todas las épocas, y tiene sus raíces en el alma misma humana, que tiende siempre a simbolizar las creencias en hombres de carne y hueso, sin cuya condensación las multitudes son incapaces de deglutir un principio o de ser fieles a una idea.

En estos últimos años de su vida, en medio del caos y de la desbandada de principios imprescindibles en toda comunidad civilizada, Menocal quizás constituía la única esperanza de aquellos cubanos que creen, y creen bien, que el progreso de la República no se cimenta ni sobre el blando lodo de la demagogia ni sobre los crueles pilares del Estado marxista.

Nimbado con todos los prestigios del libertador, los tiempos y las circunstancias vinieron a hacer de él farallón avanzado y rompiente de las cada día más furiosas olas con que el viento de doctrinas absurdas va ablandando los cimientos del Estado y de la sociedad.

Nunca pareció su espíritu más animoso ni su salud más fuerte que en vísperas de descender a la tumba, cuando dijérase que el General se apercebía a librar su postrer batalla por una patria sin bárbaros, por una sociedad bien ordenada, por una justicia social sin locos, protervos, inconscientes o extraños dictaminadores. Dios en sus inescrutables designios, quiso llamarlo a su seno cuando, al parecer, más útil le era a Cuba. Pero Dios sabe más que los hombres, y quizás con la baja del Caudillo quiera obligar a los cubanos a que paguen su redención con la única moneda válida: la del dolor de la tragedia.

Si El así lo ha dispuesto, resignémonos a la vía del Calvario, única que redime con plenitud. Pero fervorosamente le pedimos que, tras esos funerales grandiosos con que ayer fueron inhumados los restos del adalid, no haya de enterrarse también la última esperanza de que en Cuba se restauren los principios básicos por los que pelearon los libertadores, sin tener que pasar por las convulsiones terribles de la guerra de clases, último e ineluctable episodio de esta ebullición demagógica, a la que todos, —ricos y pobres, viejos y niños, blancos y negros— contribuyen con entusiasmo suicida inexplicable.

J. I. R.

*DM, Sep 9/41*

